PRAGMATISMO Y HUMANISMO

«Palabras, palabras y palabras, he ahí toda la obra de los filósofos». Esta frase que, según nos cuenta William James, principal iniciador del *pragmatismo*, le contestó cierto desconfiado del valor y utilidad de las altas especulaciones del pensamiento ante las disputas interminables de los filósofos, expresa un juicio muy general del vulgo, incluyendo aquí entre el vulgo á los sabios que no se dedican á la especialidad filosófica. «Aquella frase es exacta, añade W. James, si el pragmatismo es verdadero»; lo cual no impide que éste sea una filosofía más como las otras, y una especie de sublimado ó resultado general de todos los sistemas contradictorios del siglo XIX.

Vulgarmente se concibe la filosofía como entretenimientos ó juegos de habilidad mental más ó menos inocentes que pocos comprenden y no interesan á nadie, como conjunto de especulaciones teóricas alejadas por completo de la vida práctica. Se juzga al filósofo como un solitario entregado á la alquimia de su pensamiento, que para dedicarse al cultivo de su especialidad, cierra á cal y canto las puertas y ventanas que dan á este mundo real y viviente que le rodea, para abismarse, sin que el ruido de fuera le moleste, en las profundidades de su conciencia. No trataré de demostrar aquí la sinrazón de este juicio muy general, aún entre los sabios, que condena en absoluto una de las más legítimas aspiraciones del espíritu humano, cual es la de establecer la unidad y armonía en el mundo y en el pensamiento, la necesidad de buscar solución á aquellos problemas, respecto de los cuales, según frase de Fouillée, el espíritu humano no puede permanecer indiferente, porque equivaldría á la muerte del mismo pensamiento. Pero es lo cierto, que la filosofía contemporánea ha dado motivo á esta indiferencia desdeñosa; se ha divorciado de la vida práctica y de los dictados del buen sentido, y este buen sentido se desentiende de ella y la desprecia. La mayor parte de los filósofos contemporáneos podrían apropiarse este arranque ingenuo de Taine en *Los filósofos clásicos del siglo* XIX: «Yo hago, dice, dos partes de mí mismo: el hombre ordinario que come y bebe, se ocupa en sus negocios, que procura no ser molesto á nadie y útil á todos. Al entrar en la filosofía dejo este hombre á la puerta... El otro hombre á quien yo permito el acceso á la filosofía, ni siquiera sabe que el anterior exista. Nunca ha

© Biblioteca Nacional de España

pensado que puedan sacarse de la verdad efectos ó consecuencias útiles. A decir verdad, este no es un hombre, es un instrumento dotado de la facultad de ver, de analizar. Cuando entro en la filosofía, yo soy este hombre. ¿Se creerá acaso que trate de apoyar al sentido común, de demostrar el mundo exterior, por ejemplo? Nada de eso. Que el género humano se engañe ó no, que el mundo sea una cosa real ó apariencia ilusoria, esto le tiene muy sin cuidado, para él es lo mismo uno que otro»

No diré yo que á la inteligencia le esté vedado, ni que sea pasatiempo estéril, el ocuparse en cuestiones y problemas sin relación ninguna, ni remota siquiera, con la vida práctica, ni tampoco que haya de poner sobre su cabeza como cosa intangible, como regla indiscutible del pensamiento y de la acción, este fondo natural de bien pensar que llamamos sentido común y que regula la vida práctica de los hombres; pero tampoco veo ninguna necesidad en que el filósofo, por ser tal, haya de volverle siempre la espalda. Porque es lo cierto, que las especulaciones filosóficas del siglo XIX se han desentendido de la vida real y de los fines humanos, divorciándose enteramente de este buen sentido. No es hoy la filosofía, como la concebía Sócrates, ciencia del bien vivir, que abre horizontes y enseña al hombre los caminos de la vida para que cumpla sus fines en el universo; es puro *dilettantismo* intelectual sin fin ulterior ninguno ni siquiera el de buscar la verdad. Como el sibarita degenerado se sacia de manjares exquisitos por el solo placer de comer y no de mantener la vida orgánica, y hasta provoca el vómito para renovar aquel placer, así este intelectualismo degenerado, olvidando que el pensamiento es función de la vida, cuya finalidad consiste en preparar ó formar convicciones prácticas, piensa no más que por el placer de pensar. Y cuando la razón cree haber encontrado algo estable, rechaza todo asentimiento definitivo, poniendo su estado natural en el equilibrio inestable de la duda: no hay verdad definitiva, es ésta un estado provisional de la inteligencia, que deja siempre una puerta abierta para poder cambiar y continuar en su ejercicio. La labor del filósofo se reducirá á tejer y destejer, á destruir, reedificar y volver á destruir sin acabar nunca la obra, sin llegar á nada estable y definitivo; la razón humana es así un instrumento no de vida y armonía, sino de muerte y destrucción, no tiene otro papel que el de analizarlo todo, pulverizarlo todo, la naturaleza, la vida y á sí misma. Y cuenta que no hay aquí exageración; en la filosofía contemporánea la razón es un instrumento útil sólo para destruir *ilusiones;* pero incapaz en absoluto de construir nada positivo; la crisis total de la certidumbre racional es en ella un postulado (1).

(1) De esta crisis parecían estar libres hasta aquí las ciencias exactas y experimentales; el dogmatismo científico á que nos tenían acostumbrados los sabios va pasando á la historia. La frase de Berthelot: «para la ciencia no existe hoy misterio en el mundo», va sustituyéndose por esta otra: «la ciencia no debe ni puede explicar el todo de nada». Esta última fórmula es la de una nueva escuela de sabios, Duhem, Wilbois, Milhaud, Le Roy, y en cierto sen-

© Biblioteca Nacional de España

Y una filosofía de este género ¿para qué sirve? Y si no sirve para nada positivo, útil y práctico, ¿no merece que el buen sentido de la humanidad le pague en la misma moneda el desprecio que ella manifiesta hacia sus convicciones naturales, que aun cuando no fueran verdaderas, le sirven á lo menos de algo, tienen alguna utilidad para su vida?

Este intelectualismo escéptico, que se desinteresa de las necesidades y fines de la vida humana y aplica con frialdad impasible la crítica demoledora sobre los problemas que más interesan en la práctica, haciendo vacilar y aventando las convicciones más imperiosas de nuestro espíritu, ha provocado en todas partes una reacción enérgica, que sería más saludable si ella no fuera consecuencia directa y no llevara en su seno el germen del escepticismo. Porque no se trata aquí de reintegrar á la inteligencia sus derechos á conocer la verdad y formar convicciones é imponer reglas de vida, sino de sustituirla por la voluntad y el sentimiento, por estas tendencias inconscientes que desde las profundidades de nuestro ser «nos hablan el lenguaje de la verdad». Puesto que la especulación pura es incapaz para establecer nada definitivo, es preciso afirmar la supremacía de la práctica sobre la teoría; porque todo en nosotros debe subordinarse á la vida, y la vida descansa toda ella en convicciones y creencias, así como la duda es el mayor obstáculo á su desenvolvimiento. La intensidad de nuestras actividades y el valor de nuestras resoluciones prácticas dependen de la firmeza de aquellas convicciones; luego, la inteligencia, si sirve para algo, debe tender como á su único fin á establecer creencias firmes, que sirvan de base á nuestras resoluciones prácticas. El pensamiento no es un dominio aparte é independiente del resto de la vida, es una función especial subordinada á la vida general, y todo cuanto no se relacione ó contraríe á las necesidades de esta vida, es inútil ó malo, que equivale á decir falso. Este es el único criterio para juzgar de la legitimidad del pensamiento, es decir, de su verdad. No vivimos para pensar, sino que pensamos para vivir; la vida debe por tanto ser la norma del pensamiento, como toda función debe adaptarse á su fin, y si no se adapta ó carece de fin, es función inútil y perjudicial. Y si la razón teórica es incapaz de formar convicciones, debemos buscarlas en la voluntad, en el sentimiento, en la acción: todo menos poner la duda y la negación como bases de la vida. La supremacía de la voluntad sobre la razón pura, de la fe y la creencia sobre las

---

tido también Poincaré, etc., quienes han emprendido la revisión crítica de los métodos y resultados de las ciencias. Le Roy ha ido tan lejos en esta crítica escéptica, que para él, no solamente las teorías y las leyes deben tenerse por símbolos convencionales, sino que hasta los mismos hechos científicos son creaciones del espíritu. «La ciencia no está formada más que por convenciones, y únicamente á esta circunstancia debe su aparente certidumbre. Los hechos científicos y *a fortiori* las leyes son la obra artificial del sabio... El sabio crea realmente el hecho».

© Biblioteca Nacional de España

intuiciones racionales; tal ha venido á ser el término de este racionalismo suicida, que ha concluido por la abdicación de la inteligencia en el irracionalismo de la voluntad y del sentimiento.

Los extremos se tocan. La Crítica de la Razón pura de Kant es el polo opuesto de su Crítica de la Razón práctica, pero ésta es á la vez consecuencia de aquélla, si no lógica, impuesta al menos por las necesidades de la vida; el racionalismo crítico y negativo de la primera exigía como complemento el irracionalismo del imperativo categórico y de los postulados prácticos de la segunda. Ya fuese que alarmado ante las consecuencias prácticas de su primera crítica intentara reconstruir con la segunda el orden moral, religioso y social, cuyos fundamentos habían quedado arruinados; ó ya fuese—y esta es la interpretación no infundada que algunos dan al pensamiento de Kant—que se propusiera de antemano anular el valor de la razón especulativa, para de este modo dejar libres las creencias morales y religiosas de los ataques del escepticismo teórico, es lo cierto que en la evolución de su espíritu las dos etapas, aunque en sí contradictorias, se explican la una por la otra, y se explica igualmente la supremacía de la razón práctica sobre la razón pura. Escepticismo especulativo y dogmatismo práctico; tales son los dos polos hacia donde se orientan las especulaciones de la filosofía actual (aparte de la filosofía tradicional que legitima y armoniza la especulación y la práctica, los principios racionales y la vida real). Puede decirse con verdad que el *filósofo* de Koenigsberg simboliza y encarna todo el pensamiento contemporáneo; al lado del escepticismo especulativo encontramos siempre el dogmatismo práctico, predominando alternativamente ya el uno, ya el otro. El *pragmatismo* y el *humanismo* constituyen una de estas alternativas del pensamiento, orientada exclusivamente hacia la práctica; partiendo del principio de que á la inteligencia le viene todo su valor de ser función de la vida, condena como vanas y falsas las especulaciones que no puedan traducirse en efectos útiles para la vida; la verdad de un pensamiento se juzga por las consecuencias, por los efectos que es capaz de inspirar en nuestra conducta particular y en la de todos los hombres en general; es por consiguiente un *valor* como el bien y la utilidad (1).

El pragmatismo es planta americana, y lleva el sello de la raza de la

(1) Tiene esta doctrina mucha semejanza con la *Filosofía de la acción* de Blondel, de la cual, y para completar el estudio de esta última orientación general y práctica de la filosofía moderna, hablaremos en otra ocasión. Los dos pragmatismos se han desenvuelto independientemente, á manera de ríos que siguen un curso paralelo para unirse en la desembocadura. El americano es más superficial, se funda en la parte exterior de la vida humana; el de Blondel es más profundo, acude por medio de un análisis interno y delicado de las energías superiores de nuestra alma á buscar el criterio de la acción y del pensamiento en las necesidades internas de bien, de verdad y de armonía, que nos llevan lógicamente á la necesidad de la fe religiosa. Las «razones del corazón» de Pascal pudieran muy bien sintetizar esta forma de pragmatismo.

© Biblioteca Nacional de España

América del Norte, positivista (en el buen sentido de la palabra) y práctica. No quiere esto decir que haya nacido espontáneamente sin deber nada á influencias extrañas; no es el espíritu americano creador de ideales, aunque sabe asimilarse lo que viene de fuera. El pragmatismo, sistema de ideas aún no bien definido, viene á ser una asimilación, un resultado del conjunto de tendencias y doctrinas importadas del viejo mundo y adaptadas al carácter eminentemente práctico del temperamento americano, y más especialmente de las doctrinas positivistas y utilitarias del pueblo inglés por la comunidad de raza. De aquí que entren á formarle toda clase de ingredientes, predominando entre ellos el empirismo, el evolucionismo y el kantismo, y como fondo común el fideísmo escocés, sin que falte el carácter superficial y poco coherente de esta escuela. Sus autores le presentan como una filosofía reflexiva del sentido común.

El espíritu americano no gusta de especulaciones abstractas, por temperamento se inclina á tendencias realistas y positivas y á no apreciar los mismos principios especulativos más que en la medida de su importancia práctica. Si no han faltado entusiastas admiradores del transcendentalismo germánico, éstos han quedado reducidos á un estrecho círculo de los que pudiéramos llamar intelectuales, y por *sport* más bien que por motivos de orden filosófico; las altas especulaciones del espíritu son allí plantas exóticas; el idealismo literario de Emerson, por ejemplo, sólo tiene de americano su optimismo. No concibiendo como posible divorciar el pensamiento filosófico de la vida real, ha prestado atención preferente, pudiéramos decir exclusiva, á sus aplicaciones á los dominios de la moral, de la educación, de la política, de la teología, y, sobre todo, tienen maestros de fama universal en psicología experimental; en cambio no ha aparecido allí ninguno de esos genios especulativos iniciadores de concepciones ideales, que tanto abundan en el viejo mundo; los problemas de la metafísica pura inspiran allí poco interés.

El *pragmatismo* lleva impresos todos estos caracteres distintivos de la raza norte-americana, y ofrece interés especial porque parece destinado á ser un sistema vigoroso de doctrinas y á una existencia más que momentánea, y, sobre todo, por ser la primera concepción filosófica completa que, nacida en América, ha logrado interesar á los pensadores de Europa. C. S. Peirce (1), es el iniciador de este movimiento de ideas, aunque su propagación bajo el nombre de *pragmatismo* se debe princi-

(1) Carlos Sanders Peirce es quien trazó las líneas generales del pragmatismo en un escrito publicado en 1878 en la revista *Popular Science Monthly*, cuya traducción apareció en la *Revue philosophique* de París (Diciembre de 1878 y Enero de 1879) con este título: *Comment rendre nos pensées claires*. Hasta 1902 y en su artículo *Pragmatismo*, escrito para el *Diccionario* filosófico de Baldwin, no había empleado él esta denominación, que últimamente la ha sustituido por la de *Pragmaticismo*, con el fin de separar sus opiniones personales de las modificaciones introducidas en sus principios por los filósofos que le han seguido.

© Biblioteca Nacional de España

palmente á su discípulo, el psicólogo William James (1), uno y otro profesores de la Universidad de Harward. Las nuevas ideas se extendieron á todos los centros intelectuales del país, y singularmente á la Universidad de Chicago, donde se formó un centro pragmatista bajo la dirección de J. Dewey (2), provocando en libros y revistas ardientes polémicas entre sus defensores y contradictores. Al mismo tiempo, uno de los filósofos americanos de más prestigio, J. Roice (3), orientaba su idealismo hegeliano hacia el *pragmatismo*.

Las nuevas ideas atravesaron el Atlántico y fijaron su residencia dentro de los muros de la Universidad de Oxford, donde el profesor Schiller ha tratado de desenvolverlas y completarlas, dándolas forma sistemática, con el nombre de *Humanismo* (4).

También en los países latinos ha logrado adquirir prosélitos; en Italia (Florencia), se ha constituído una Sociedad pragmatista, que publica una revista filosófica, *Leonardo*, con el objeto de propagar y desenvolver las nuevas ideas. Finalmente, algunos han creído encontrar en el *pragmatismo* una base nueva de apologética religiosa, utilizándole en la defensa del Cristianismo (5).

---

(1) W. James acentuó la tendencia experimental del pragmatismo, dándole el nombre de empirismo radical: *radical empiricism*. Esta tendencia aparece ya en un ensayo sobre «El sentimiento de lo Racional» en 1879, publicado en la *Critique philosophique* (vol. XVI y XVII). La exposición clara y definida de sus ideas aparece en un discurso sobre las *Concepciones filosóficas*, pronunciado en la Asamblea anual de la «Unión filosófica» en 1898. Este discurso, que constituye una especie de programa, se halla publicado en la *Revue de Philosophie*, número de Mayo de 1906.—Sus ideas aparecen también diseminadas en sus otras obras: *La voluntad de creer* (1897); *Principios de psicología* (1890); *La inmortalidad humana* (1898); *Las diversas formas de experiencia religiosa* (1905), que es la aplicación de los principios del pragmatismo á la vida religiosa.

(2) *Studies in Logical Theory*, bi John Dewey. Imprenta de la Universidad, Chicago, 1903.

(3) Véase el artículo de H. Robet: *Un métaphysicien américain contemporain: J. Roice*, en la *Rev. philosophique*, Febrero de 1907.

(4) Tal es el título del libro en que F. C. S. Schiller ha condensado sus doctrinas pragmatistas: *Humanism. Philosophical essays*. Londres, 1907.—V. el análisis de esta obra *Rev. de philosophie*, Abril de 1905, y en la *Rev. phil*, Junio de 1904.

(5) Pueden consultarse los siguientes trabajos sobre el pragmatismo: C. Dessoulavy, *Le pragmatisme*, en la *Rev. de Philosophie*, Julio de 1905; A. Lalande, *Pragmatisme et pragmaticisme*, *Rev. philosophique*, Febrero de 1906; F. A. Blanche, *Pragmatisme et Humanisme* (*Rev. des sciences phil et théol*). Enero de 1907; G. Tyrrell, *Notre attitude en face du Pragmatisme*, *Annales de Philosophie Chrétienne*, Diciembre de 1905.—V. también la obra reciente de Alberto Farges: *La Crise de la certitude. Etude des bases de la connaissance et de la croyance, avec la critique du Néo-kantisme, du Pragmatisme, du Newmanisme*, etc., París, 1907.

© Biblioteca Nacional de España

No ha llegado todavía el pragmatismo á constituirse en sistema coherente de doctrinas, y la complejidad de elementos que entra á formarle, muchos de ellos incompatibles, hace suponer que no llegará nunca; de aquí la dificultad en hacer de él una exposición completa y ordenada; son más bien puntos de vista dispersos, métodos y tendencias que tienen de común su orientación hacia la práctica. Aparece en primer lugar como protesta enérgica contra el *dilettantismo* filosófico, contra el intelectualismo puro y estéril que separa la función del pensamiento de las otras funciones de la vida general; las ideas son reglas de acción, su valor y verdad depende de sus consecuencias prácticas, éstas son el único contenido real del pensamiento, y fuera de ellas los pensamientos son fórmulas vacías que no significan nada. El medio fácil, rápido y seguro, el único índice para reconocer la verdad de las ideas en medio de las contradicciones y disputas interminables de los filósofos que defienden el pro y el contra de todos los problemas, consiste en dejar las especulaciones teóricas y descender á la práctica, para ver en ésta las consecuencias posibles que de aquellas ideas se derivan en relación con nuestra conducta; y serán verdaderas ó falsas, según que estas consecuencias sean buenas ó malas, útiles ó inútiles, correspondan ó contrarien á los fines y necesidades de nuestra naturaleza. La razón de ser de mi doctrina y sus ventajas están, dice Peirce, en que «servirán para hacer ver cómo casi todas las proposiciones de metafísica ontológica son, las unas fárrago vacío de sentido, donde se define una palabra por otras palabras, éstas por otras, y así se continúa sin llegar á ninguna concepci real, otras son completos absurdos. Y así, una vez que se hayan barrido estos estorbos inútiles, solamente quedarán de la filosofía aquellos problemas que son accesibles según el método experiencial de las verdaderas ciencias; de este modo se podrá descubrir la verdad sobre cada uno de ellos sin estas confusiones y disputas interminables que han hecho de la más alta de las ciencias positivas un puro pasatiempo para recreo de espíritus ociosos, una especie de juego de ajedrez, cuyo fin es el placer de discutir» (1).

En psicología lo mismo que en fisiología, la función se ejerce por un fin, la función sin finalidad, el ejercicio por el simple ejercicio es contrario á la naturaleza, que en todo nos hace ver siempre la finalidad. Ahora bien, el pensamiento es una función de la vida destinada á prever y preparar los resultados de la acción, y como la energía y los resultados de la acción voluntaria dependen y están en razón directa de la firmeza de las convicciones y creencias, de aquí que el pensamiento tiene como fin único formar estas creencias. La duda, por lo mismo que impide las creencias, detiene ó debilita la acción, es por lo tanto un estado de inferioridad que prácticamente equivale á negación. Lo importante, lo esen-

(1) C. S. Peirce: *What pragmatism is. Monist*, Abril, 1905, p. 171.—V. Lalande, lug. cit., p. 122.

© Biblioteca Nacional de España

cial en el pensamiento es que de uno ú otro modo llegue á formar creencias que puedan servir de norma en la acción; servirse de él por puro entretenimiento especulativo, sin otro fin que pensar por pensar, y lo que aún es peor, para quebrantar la fe en las convicciones espontáneas debilitando así la energía de la acción, es utilizarle en contra de la naturaleza y fines del mismo pensamiento.

W. James expone el principio pragmatista en estas sencillas frases de su maestro Peirce: «La esencia y el fin del pensamiento no pueden ser otros que la producción de convicciones (creencias); la convicción es esta semi-cadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual. El pensamiento en movimiento no puede tener más fin que el pensamiento en reposo. Y de este modo cuando en una cuestión cualquiera ha encontrado su reposo en una creencia, nuestra acción puede comenzar firme y segura. En una palabra, las creencias son realmente reglas de acción, y toda la función de pensar consiste en producir hábitos de acción. Toda parte de pensamiento que no ejerciera influencia ninguna sobre las consecuencias prácticas de este pensamiento, carecería de significación real. Un mismo pensamiento puede adoptar diferentes formas verbales pero si éstas no sugieren acciones diferentes, las palabras son entonces no más que aparato exterior, no tienen parte alguna en el sentido del pensamiento. Si por el contrario determinan actos diferentes, son elementos esenciales de la idea. Para desenvolver el significado de un pensamiento, no tenemos más que determinar la conducta que es capaz de inspirarnos; esta conducta es para nosotros su solo sentido. Se podrán encontrar entre los pensamientos distinciones todo lo sutiles que se quiera; para que sean de algún valor, es preciso que tengan por origen alguna diferencia práctica. Para dar á nuestros pensamientos de un objeto una claridad perfecta, no tenemos más que estudiar todos los efectos posibles que este objeto implica en el orden práctico, esto es, las sensaciones que podemos recibir de él, y las reacciones consiguientes que debemos preparar. El conocimiento de estos efectos y el concepto del objeto, si es que tiene algún sentido positivo, son idénticos» (1).

He aquí definido el criterio de la verdad según el pragmatismo. Para averiguar la verdad de un pensamiento no hay que preguntar si es ó no es así como lo pensamos, si no ¿para qué sirve? ¿Qué utilidad puede tener en las experiencias futuras de nuestra vida? ¿Cuáles son las consecuencias que de él pueden seguirse en la práctica? Siendo los pensamientos reglas de acción, su valor dependerá de las acciones que determinen y su verdad de la relación de estas acciones con las necesidades y fines de nuestro ser. Por consiguiente, un pensamiento que no influyera absolutamente nada en nuestra vida práctica, carecería de valor, estaría vacío de sentido, no sería verdadero ni falso; y dos pensamientos en sí con-

(1) W. James: *Le Pragmatisme, Rev. de philosophie.* Mayo de 1906, p. 463.

© Biblioteca Nacional de España

tradictorios, pero que fueran capaces de producir en nuestra experiencia los mismos efectos, serían idénticos. No hay verdad en sí, la verdad de un juicio es relativa á nosotros, y se aprecia por las consecuencias prácticas posibles que es capaz de producir en nuestra conducta. El conocimiento no es copia ó representación de los objetos como pretende el intelectualismo; nosotros jamás podremos saber si nuestras ideas corresponden ó no á una realidad en sí; por consiguiente, definir el pensamiento como una imagen mental conforme á la realidad, es arbitrario. Tampoco es la simple cohesión sistemática de ideas según leyes subjetivas como afirma el idealismo. El pensamiento es por naturaleza intencional y finalista, y su fin no es representar las cosas ó coordinar las ideas, sino determinar y regular la acción, la vida práctica. Toda afirmación capaz de inspirar acciones en armonía con nuestras tendencias y nuestros fines, es verdadera; si no es capaz de inspirar nada práctico ó se opone á las tendencias legítimas de nuestra naturaleza, es falsa. Verdad equivale, por tanto, á bondad y utilidad. La verdad aparece aquí como forma de estimación, verdadero y falso son valores como lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo agradable y desagradable. En suma: los pensamientos son esencialmente reglas de acción, y el valor ó la verdad de estas reglas de acción se aprecian por sus aplicaciones y consecuencias prácticas.

Para comprender bien la importancia de este principio, es necesario, dice W. James, habituarse á aplicarle á casos concretos; la verdad de un principio se demuestra en sus aplicaciones concretas. Sean, por ejemplo, las dos explicaciones contradictorias del universo: el materialismo y el teísmo. En la suposición de que el momento presente fuera el último del mundo, de tal modo que fuera seguido de la nada absoluta, sin ningún campo para la experiencia ó para la conducta, todas nuestras discusiones filosóficas y religiosas acerca de estos problemas carecerían de sentido. La cuestión, por ejemplo: «La materia ha producido todas las cosas, ó es un Dios el que ha creado y gobierna el mundo», ofrecería una alternativa insignificante y vana, si el mundo terminase en este momento y nada de lo que en él existe quedase después de él. Pero coloquémonos fuera de esta hipótesis imposible, en este mundo real en que vivimos, y la cuestión entre el materialismo y el teísmo es profundamente práctica. El programa de nuestra vida será muy distinto según que el mundo sea combinación de átomos movidos según leyes eternas, ó según que le creamos gobernado por la Providencia de Dios. Véase el último estado del mundo tal como puede preverle la ciencia evolucionista: «Las energías de nuestro sistema se extinguirán, la luz de nuestro sol se apagará y la tierra, inerte y sin movimiento, no tolerará ya la raza que ha turbado por unos instantes su soledad. El hombre caerá en el abismo de la nada, y todos sus pensamientos perecerán... Nada de cuanto existe será mejor ó peor, á pesar de cuanto el trabajo, el genio, la piedad y el sufrimiento de los hombres han podido arrancar al mundo

© Biblioteca Nacional de España

durante épocas innumerables» (1). Todo, absolutamente todo, será pasado y muerto, enteramente desaparecido de la esfera y del dominio del sér. Ni un eco, ni un recuerdo, ni una influencia quedarán sobre un sér futuro. Pero si Dios existe y gobierna el mundo, el fin de éste es cosa muy distinta; hay una garantía y salvaguardia de un orden ideal. Podrá el mundo perecer por fuego ó por frio, pero nosotros pensamos que Dios guarda siempre en Sí mismo el Ideal, y que le realizará en otra parte; de suerte que allí donde Él interviene, la tragedia es siempre provisoria y parcial, y el naufragio y la disolución no son el fin último de las cosas. Esta necesidad de un orden moral eterno, es una de las más profundas de nuestra alma. El materialismo significa simplemente que el orden moral no es eterno, corta nuestras esperanzas últimas; el teísmo, por el contrario, representa la afirmación de un orden moral eterno, y da libre curso á la esperanza; luego el primero es falso y el segundo verdadero.

Otro ejemplo: se trata de saber si el espíritu del hombre ha de sobrevivir al cuerpo, y vivir en otra vida donde cada uno ha de ser juzgado según sus obras, ó si todo ha de concluir con la muerte. Dejemos, dice el pragmatista, á los filósofos disputar y acumular argumentos teóricos en pro ó en contra; según el criterio pragmatista, la solución es tan fácil como concluyente. Supongamos primero la verdad de las dos hipótesis contradictorias, y veamos las consecuencias prácticas que en nuestra conducta producirían respectivamente la una y la otra. Es evidente que los efectos serían distintos y opuestos en cada caso: de orden, de moralidad y bien vivir en el primero; de egoísmo, desorden é inmoralidad en el segundo; luego la primera hipótesis es la verdadera y la segunda falsa.

Supongamos, por último, dos proposiciones también contradictorias, pero que ni una ni otra determinan cambio ninguno en nuestra conducta, ó que ésta fuese absolutamente la misma, en el supuesto de que fueran verdaderas la una ó la otra; luego toda disputa teórica acerca de ellas es inútil y ociosa, ambas serían realmente idénticas, porque ambas se traducen en efectos prácticos idénticos.

De todo lo anterior se deduce que el pensamiento no tiene sentido, si no se refiere á un conjunto de experiencias personales, actuales ó posibles; estas experiencias son su único contenido y constituyen la norma de su verdad. De aquí otro de los caracteres del pragmatismo; el empirismo evolucionista. Antes de adoptar W. James aquella denominación, llamaba á su doctrina «empirismo radical». Contra el intelectualismo niega el valor absoluto de las intuiciones puras, de los principios y axiomas evidentes de la razón. Los principios y axiomas no son, en realidad, más que hipótesis ó postulados, cuyo valor depende de que se adapten á mayor ó menor número de experiencias. La evolución, ley universal de nuestra conciencia lo mismo que de las cosas, es la que determina la formación de

(1) W. James: *Le pragmatisme*; *Ibid.*, p. 468 y sig.

© Biblioteca Nacional de España

los axiomas; todas las verdades son provisionales y relativas á nuestra experiencia, puesto que ésta es la que les da su valor. Comienzan los principios, primero, por hipótesis ó postulados que vamos ensayando en la evolución de la experiencia; retenemos aquellos que son útiles y se adaptan mejor á los hechos, aumentando nuestra confianza en ellos, y rechazamos los que carecen de utilidad ó no se adaptan á experiencias sucesivas. Y cuando uno de estos postulados se conforma con todos los hechos de nuestra experiencia, deja entonces de ser postulado y se convierte en principio. El principio de causalidad y hasta el de no contradicción, no se forman de otra manera. Nos es siempre útil creer que todos los fenómenos están determinados unos por otros, y ninguna experiencia ha desmentido esta creencia útil, y todas nuestras experiencias aparecen subordinadas á la ley universal de armonía ó no contradicción; y esta es la razón de nuestra fe plena en ellos y de que podamos tenerlos como reglas prácticas infalibles en nuestras experiencias futuras. Por lo demás no tienen ese valor necesario y absoluto que les atribuye el intelectualismo, ni nuestro asentimiento proviene de ninguna intuición evidente y objetiva; este asentimiento es simplemente un acto de fe ó confianza de que no han de ser desmentidos por experiencias futuras, y bien pudiera ser que en el curso de la evolución otras experiencias vinieran á cambiar ó echar por tierra tales principios.

Pero este empirismo no es el empirismo atómico y mecánico, como hasta aquí se ha concebido ordinariamente. En primer lugar no son los principios producto de una experiencia pasiva, ni tampoco debe concebirse la experiencia como conocimiento de series discontinuas de objetos; las relaciones de las cosas son tan reales y realmente percibidas como los objetos individuales. El error fundamental del empirismo consiste en haber olvidado que todo está relacionado con todo, y que solamente por abstracción puede hablarse de *un* hecho ó de *un* objeto. El nominalismo de Berkeley, la afirmación de Hume de que todos nuestros objetos de percepción son «tan distintos y separados, como si no tuvieran relaciones entre sí»; James Mill, negando que los semejantes tengan nada que les pertenezca «realmente» en común, la resolución del enlace causal en consecución habitual; la teoría de Stuart Mill de que las cosas físicas y las personas se componen de posibilidades discontinuas, y, en fin, la pulverización general de toda la experiencia por la asociación y la teoría del atomismo mental, he aquí los resultados de este falso punto de partida (1). De donde se sigue que al lado de lo particular existe lo general; las leyes y conceptos generales que en nuestro conocimiento relacionan las cosas son tan reales y objetos de experiencia como los hechos particulares. Esta teoría hace recordar el realismo de la Edad media.

He aquí brevemente resumidas las doctrinas capitales del pragmatis-

(1) Véase Lalande: *Pragmatisme et Pragmaticisme*; *Rev. phil.*, Febrero 1890

© Biblioteca Nacional de España

mo. No respondemos de haberlas resumido bien, porque no es un sistema orgánico y completo, sino más bien conjunto de tendencias, puntos de vista dispersos no bien definidos todavía ni muy coherentes. Nos hemos limitado hasta aquí á la simple exposición imparcial; la crítica vendrá más adelante. Como se ve, el pragmátismo en su primera etapa puede reducirse á una teoría nueva del conocimiento y de la verdad, en que el criterio objetivo de la evidencia se sustituye por el subjetivo de las tendencias naturales de nuestro sér; estas energías psicológicas de la voluntad, del sentimiento y de la acción constituyen la norma de verdad para la inteligencia; es, por consiguiente, una lógica fundada en la psicología.

El *Humanismo* se ha propuesto completar al pragmatismo, erigiendo en sistema general esta orientación lógica; puede considerarse como desenvolvimiento y aplicación del criterio pragmatista á todos los dominios de la ciencia.

P. Marcelino Arnáiz.

(*Concluirá.*)

© Biblioteca Nacional de España